

# La Verdad Religiosa

Revista mensual.

## LA VISION DE SAN PEDRO

Alboreaba sin que Pedro hubiese logrado conciliar el sueño. ¡Y así tres noches seguidas! ¡Imposible! La imagen del Maestro erguía-se ante él severa, escrutadora, tal como la había visto en la casa del Pontífice en la noche funesta de su negación. Recordaba al detalle sus gestos pasados: ¡otras tantas reconvenciones! A todos le había preferido Jesús; habíale comunicado sus secretos más íntimos, el don de hacer milagros, el conocimiento de su mesianidad, el poder de perdonar pecados...

En su misma presencia se había trasfigurado maravillosamente. Aun le parecía oír la voz del Eterno: «Este es mi Hijo muy amado; a El escuchad». Y luego... ¡la actitud del Maestro! ¡Qué amable, qué benigno, qué suave y familiar se le había mostrado siempre! ¡Dulce Maestro! Todavía saboreaba las palabras de vida eterna que en mil ocasiones brotaron de sus labios. Era sin duda el Mesías, el esperado por Israel. Nadie había hablado ni hecho cosas semejantes. Dios estaba con El: su poder, su sabiduría, su amor, aquellos mismos excelsos atributos de la Divinidad, que tímidamente se habían revelado a los Profetas de pasadas centurias, resplandecían en Jesús con todo su fulgor.

A su vez, él, un pobre pescador, el hijo de Simón, por inefable condescendencia del Maestro adorado, había sido constituido jefe de sus discípulos y confidente de sus ternuras. ¡Cuántos favores de El había recibido! Uno por uno pasaban por su mente enardecida y caían sobre su corazón como botones de fuego. Contaba y recontaba los milagros obrados en su nombre, su caminata sobre las aguas, fiado en la palabra suya, los enfermos y endemoniados curados en virtud del poder que le otorgara. Después, su confesión solemne, en la cual él, Pedro, le había proclamado el *Cristo de Dios*; sus protestas de que jamás le abandonaría,

aunque fuese preciso morir. *¡No te negaré!* Todavía resonaba en su alma aquella explosión de amor.

Mas ¡ay! ¿en qué había venido a parar todo aquel entusiasmo suyo? Bastó la palabra burlona de una mísera portera, la rechifla de unos viles criaduelos para desrocar estrepitosamente tanta virilidad. «¡Mujer, no sé lo que dices! ¡No conozco a semejante hombre! ¡No soy de sus discípulos!» El, Pedro, había contestado así a los que le preguntaban por Jesús. ¡Lo había negado categóricamente, con juramento! También estas palabras, estas palabras sobre todo, eran las que con mayor viveza repercutían en su alma y la destrozaban horriblemente. Parecían ecos de infierno, que lo ponían a par de muerte.

*¡No te negaré! ¡No conozco a semejante hombre! ¡Qué contraste! ¿Cabía perfidia más grande?*

\* \* \*

En tanto que el apóstol perjuro revolvía tales cosas en su corazón desgarrado, lágrimas de fuego rodaban abundantes por su rostro. No había cesado de llorar desde que la mirada de Jesús se había posado en la suya pidiéndole arrepentimiento.

¿Arrepentimiento? Sí que estaba arrepentido. Hecha trizas tenía el alma de dolor. Humillado y contrito sentía todo su sér como si la omnipotencia del Sér Supremo lo hubiese triturado y convertido en polvo invisible. Testigos, sus lágrimas candentes, puras gotas de sangre, salidas del corazón más que de los ojos; testigos, sus profundos gemidos, las ansias de su pecho, su rubor ante la misma luz del día. Por eso buscaba las sombras de la noche, para llorar en secreto su delito; y en las rajadas de los riscos y cavernas de las montañas cobijaba sus ojos, tornados fuentes.

Y ahora, al rayar el alba del tercer día, nuevos motivos de congoja atribulaban su espíritu entristecido. No cabía duda: algo insólito había acontecido en el sepulcro del Maestro. Su cuerpo embalsamado había desaparecido. Con sus propios ojos, en compañía de Juan, había visto vacío el lugar preciso en que le colocaran el viernes por la tarde: la losa corrida, los paños, que de pobre mortaja le sirvieran, puestos a un lado, la tierra removida, el mismo ambiente henchido de misterios, lo que decían las mujeres sobre visión de ángeles... ¿Qué pasaba?

«¡Maestro, Maestro! ¿En dónde estás, dulce Jesús de Nazaret? ¡Yo te juro! ..» Pero ¡ah! el recuerdo vivo de su pasada perfidia, sellaba sus labios y agarrotaba su alma. ¡También había jurado antes morir mil veces por su amor y le había negado! ¡Qué horror!

\* \* \*

Aizó el apóstol sus ojos llorosos, que en la tierra clavados tenía, al sentirse rodeado de extraño esplendor. Tropezaba su vista extraviada con una imagen ¡tan bella, tan bella! Fulgores divinos irradiaban de ella, como los que habrá visto en el Tabor.

¡*El es, El es!* dijo, cayendo de hinojos. ¡Maestro! ¡No soy digno ..!

—«¡La paz sea contigo! ¿Por qué lloras, Pedro? Yo soy, no temas; yo soy el vencedor del pecado y de la muerte. Mira mis llagas, tornadas rubíes. Prendas son de mi amor y de tu perdón. Hora es de que te alegres conmigo. ¡Bastante has gemido! Tu dolor y humildad son las mejores arras de tu futura fidelidad. No hay más firme juramento. Ahora sí que eres piedra... Diamantina será tu fe, y contra ella se estrellarán todos los poderes del infierno. Yo estaré contigo hasta el fin de los siglos. Tu eres la piedra angular de mi Iglesia, mi heraldo, mi vicario. Ve y confirma a tus hermanos. Diles que Yo soy la resurrección y la vida, el primero y el último, el vivo, aunque muerto estuve; más ahora ya no puedo morir, sino que viviré para siempre. En mis manos están las llaves de la muerte y del infierno. Corre, consuela a mis discípulos. Mas antes, besa mis llagas, amigo mío; embriágate con las dulzuras de mi corazón...»

Temblando de amor acércase el apóstol al Maestro adorado, y una por una besa las fulgentes cicatrices. Cada ósculo era un rayo de luz que iluminaba su mente y una centella de fuego que encandecía sus entrañas. Sintióse desfallecer de pura alegría: un deliquio de amor le desro-  
có por tierra...

Cuando en sí volvió, hallóse solo. Pero ¡qué cambio notaba en su alma! Parecíale que oleadas de luz y de vida, descendidas del cielo, penetraban todo su sér y lo vigorizaban, hinchándolo de gozos inefables. Vuela a Jerusalén; refiere a los amigos de Jesús su espléndida visión; reanima y consuela al azorado rebaño.

Muchas veces volvió a ver al Maestro resucitado; pero

el recuerdo de la visión primera hubiérale bastado, pues quedó tan fija en su alma y de tal manera la fortificó que los combates del mundo y del infierno no lograron hacerle vacilar un momento.

Después... Miradle el día de Pentecostés: sus acentos hieren como flechas los corazones endurecidos de los judíos, que de los amigos de Jesús se burlaban.

«Varones de Israel, les dice, oid mis palabras. Vosotros habeis dado muerte (el Señor así lo había previsto y decretado en sus eternos) por manos impías a Jesús de Nazaret, varón aprobado por Dios con maravillas, prodigios y señales extraordinarias que hizo por sus manos en medio de vosotros como todos sabeis muy bien.

A éste resucitó el Altísimo, librándole de los dolores de la muerte, la cual no podía tenerle sujeto... Testigos somos nosotros de ello... Certísimamente sepa todo Israel que Dios constituyó a este Jesús, a quien vosotros habeis crucificado, Señor y Cristo suyo». Y muchos lloran arrepentidos al oír tan elocuentes palabras, llenas de verdad y de... audacia.

Otro día, ante los príncipes y magistrados judíos, que pretendían atemorizarlo con motivo de un milagro obrado por él invocando el nombre de Jesús, les habla así:

«Príncipes del pueblo y ancianos de Israel... sabed vosotros y sea manifiesto a toda la nación judía que en nombre de nuestro Señor Jesucristo Nazareno, a quien habeis crucificado y Dios resucitó de entre los muertos, en virtud suya ha sido curado este hombre. El, Jesús, es la piedra cimental reprobada por vosotros los edificadores. Sólo en él hay salvación, Pues no ha sido dado a los hombres otro nombre más que el suyo, que pueda obrar nuestra salud eterna.»

—«No enseñes en manera alguna esas cosas, le conjuran los Pontífices.»

—«Juzgad, les suplica, si es justo obedeceros a vosotros antes que a Dios. Por nuestra parte no podemos dejar de predicar lo que hemos visto y oído.»

Así lo hace el apóstol intrépido con sus compañeros, sin miedo a cárceles ni tribunales.

—«Os hemos ordenado categóricamente, les dice el Príncipe de los sacerdotes o raíz de nueva prisión, que no enseñeis en ese nombre, y he aquí continuáis llenando »

Jerusalén con vuestras doctrinas, y pretendéis que caiga sobre nosotros la sangre de ese hombre.»

—«A Dios hay que obedecer con preferencia a los hombres, contesta Pedro. El Dios de nuestros padres resucitó a Jesús, a quien vosotros habéis muerto, colgándolo de un madero. A este Jesús constituyó la diestra del Altísimo Príncipe y Salvador... Testigos somos nosotros y el mismo Espíritu Santo, que el Señor derramó sobre sus fieles.»

Amenazas, azotes, cárceles, burlas... nada intimidaba a Pedro, a cuyos ojos brillaba siempre la visión aquella con que le regalara el Maestro en la mañana de Pascua. Así recorrió el mundo de uno a otro confín, predicando las glorias y humillaciones del Resucitado. Y quien se había avergonzado de confesarlo ante una mujerzuela, lo predicaba ahora ante los magistrados y príncipes de la tierra con valentía jamás conocida en el mundo hasta entonces. La visión de Jesús, triunfante de la muerte comunicaba energías divinas a su alma. Era su vida, su luz, su contento, la fuerza misteriosa que lo movía y alentaba.

Los poderes contabulados del mundo y del infierno, eran importantes para contrarrestar los efectos de visión semejante.

\* \* \*

Ya era Pedro un anciano. Las fatigas y sufrimientos de sus correrías apostáticas le habían debilitado. El robusto pescador galileo sentíase abatido bajo el peso de los años. Inclínabase su cuerpo hacia la tierra en busca de reposo. Su barba, blanca como la nieve, caía lacia sobre el pecho fatigoso. Hondas arrugas surcaban su frente. Parecía un esqueleto revestido de piel. Cautivaba sin embargo, aquella inefable majestad suya, que irradiaba de su alma y se difundía como aroma del cielo a través de su cuerpo. Hallábase a la razón en Roma preso. Se le acusaba de predicar una nueva religión, cuyo autor era un ajusticiado por el gobernador de Judea. Muchos prosélitos había logrado en Roma y era preciso cortar el mal de raíz, ejecutando al jefe de tan perniciosa secta. El era según el testimonio de todos.

Fué pues, conducido al tribunal de Nerón.

—¿Eres tu el jefe de los cristianos?

—Yo soy un discípulo de Jesús de Nazaret, crucificado por los judíos y resucitado por Dios.

--Renuncia a esa vana superstición. Ningún m uerto puede volver a la vida.

—Todo Israel y tus mismos soldados lo han visto morir en la cruz; y yo con otros muchísimos, le hemos visto después resucitado. Yo mismo he vesado las cicatrices de sus llagas.

—No seas insensato.

—¡Lo he visto, lo he visto! Todavía fulgura en mi alma su imagen luminosa, radiante. El es el Salvador del mundo, el Cristo de Dios.

—Morirás crucificado come ese tu Dios.

—No soy digno de tanto honor, El es el Maestro; yo un pobre discípulo suyo.

—¡Bien: te crucificaremos al revés!

—Mi mayor dicha será morir por su nombre y mi gloria más grande, la cruz en que me amenazas.

\* \* \*

Al día siguiente crucificaban en una plaza pública al venerable anciano que en medio de su terrible agonía no cesaba de exclamar: «¡El es, El es el Cristo de Dios! ¡Lo he visto, lo he visto resucitado!»

Entonces se acordaron los discípulos de las palabras misteriosas que le había dicho el divino Maestro al confiarle el cuidado de su rebaño. ¿Me amas, Simón? Apacienta mis ovejas. En verdad, en verdad te digo que cuando eras joven te ceñías tu mismo; más cuando seas viejo extenderás tus manos, y otro te ceñirá, y te llevará a donde no quieras.»

Decía esto Jesús, observa San Juan, dando a entender el género de muerte con que Pedro había de glorificar a Dios».

FR. J. M.<sup>a</sup> G. GRAÍN.

Lequeitio, V-18.

Las personas que deseen contribuir con alguna limosna para la fundición de la única campana de la torre de este grandioso templo de S. Esteban, pueden hacerlo dirigiéndose al

**Prior de los Dominicos, Salamanca.**

## Sencilla explicación de los misterios eucarísticos

Cuantas cosas vemos aquí en la tierra tienen por necesidad su principio y su representación en la mente divina. Las ideas de nuestra inteligencia, las verdades todas desparramadas por el mundo, bien en libros, bien en cosas o ya en representaciones son un reflejo de la verdad primera, de Dios. Es decir, que Dios es un compendio de todas las ciencias, de todas las ideas y de todas las verdades. Todo está representado, escrito en su divina inteligencia de una manera inefable. Podríamos, según esto, considerar la mente de Dios como un libro universal, como una enciclopedia divina en la que todas las verdades, absolutamente todas, están grabadas con indelebles caracteres. Podemos decir muy bien que este libro tan sublime se guarda en el sagrario de cualquier iglesia; puesto que en él está Jesús-Dios, manantial infinito de toda verdad. Partamos, pues, del supuesto real que Jesucristo en el Santísimo Sacramento es un Libro contenedor de *la Verdad*.

Veamos de aclarar ahora su relación y sus propiedades con respecto a nosotros, míseros aprendices de la ciencia encerrada en Dios.

\* \* \*

¿Qué es lo primero necesario para el que quiere aprender una ciencia que se contiene en un libro?

—Saber leer. Si falta este elemento, por mucha ciencia que el libro tuviese, nada le aprovecharía. Vé el libro y vé las letras y las líneas y los puntos, lo vé todo y sin embargo no entiende nada. Vé lo mismo y más quizá que un maestro, pero cual si no lo viera; no sabe leer, no puede entender nada. Maravíllase este hombre de los que pasan su vida engolfados en los libros, pensando en ellos, y en ellos leyendo con tanto gusto como si todo estuviera en los libros. De estas *manías* de los sabios el analfabeto se ríe y se mofa, y a veces llega también a compadecerse porque vé cómo a muchos lleva al sepulcro esa afición a los libros.

¿No es verdad que éste mismo rústico juzgaría muy diferentemente las cosas si conociera la dignidad del saber, lo hermoso de la ciencia y la satisfacción tan pura que siente el estudioso cuando profundiza y escudriña las verdades que contienen sus libros? No hay duda que sí.

Del libro material trasladad ahora vuestro pensamiento a este otro libro divino del Sacramento de amor, y observaréis los mismos fenómenos.

En el orden espiritual hay, como en el material, almas, muchas por desgracias, que no saben leer. Entran en un templo, ven la hostia en el viril, la miran con indiferencia, y pasan por delante sin que les produzca impresión alguna. ¿Quiere esto decir, prueba esto que no haya allí nada capaz de atraer nuestra atención? ¿Será verdad que aquella hostia no puede causar efecto alguno en el corazón humano? Aquella hostia, caro lector, es libro de sabiduría infinita, pero el que pasó mirándola, no sabe leer. De hecho para éste es como si nada dijera. Vé la forma de la hostia, vé la blancura del pan, vé la hermosa custodia en que se encierra, es decir vé el papel, vé las letras, vé las elegantes pastas del libro pero no vé más. Eso mismo puede verlo un animal bruto pero si no entiende ¿de qué le vale? Pues así como no entiende el bruto porque carece de inteligencia, así tampoco puede el impío penetrar en los arcanos divinos, en esa dulcísima ciencia de Dios porque le falta la fe; o al menos el espíritu religioso que es lo que da la facultad de leer, y de entender en estos divinos libros. Pongamos en lugar del tibio o del impío un alma pura que vive siempre rodeada de una atmósfera celestial que siente a Dios en su pecho, que vea la hostia, instantáneamente se enciende su amor, ideas las más sublimes cruzan su mente, las virtudes más hermosas renacen en esa alma; llénase de fe y de paciencia y de humildad a la sola vista del Santísimo Sacramento. ¿Y como así? ¿Qué ha visto con sus ojos esta alma que los ojos del impío no vieron? ¿No vieron ambos la hostia? Sí, materialmente los dos ven una misma cosa, pero no entienden ambos igual; el irreligioso vé la hostia y vé el viril, vé el papel y vé las pastas del libro pero no sabe leer. Su atención como la del rústico queda absorbida en la contemplación, tal vez de la cubierta pero no pasa de ahí; no así las almas buenas, almas cultas en lo divino que penetran el sentido profundo de este maravilloso libro.

De aquí puedes, alma religiosa, sacar la respuesta contra los que se burlan de tus creencias y se rien de nuestras cosas sacratísimas. ¿Qué piensas hará el sabio ante el rústico que se mofa de sus libros y de su saber? Reirse él, y compadecer luego al que habla de lo que no entiende.

Pues haz tu igualmente con el hombre impío: «Calla infeliz, puedes decirle, no hables de esta divina ciencia que tu no entiendes, no te mojes de ese divino libro que tu no sabes leer; aprende primero el A B C de este lenguaje sobre humanos y luego ven y discute si es que te atreves a disentir; más bien creo te has de arrojar como yo ante esta hostia que por ahora nada te dice.

FR. TOMÁS SÁNCHEZ

(Continuará).



## El P. Fulla y el culto al Sagrado Corazón en España

La devoción del pueblo español al Corazón de Jesús es una realidad altamente consoladora. La predicción del V. Hoyos de que «reinaría en España con más veneración que en otras naciones» va a tener en breve perfecto cumplimiento. No lejos está el día en que nuestra nación católica le proclame oficial y solemnemente rey y señor de todos los corazones españoles. El monumento del Cerro de los Angeles será el emblema de esta posesión y señorío.

Al contemplar ahora este campo hermoso que tan copiosos frutos nos reporta, gratitud obligada es que volvamos nuestra mirada a los que depositaron esta fecunda semilla, y que regaron con indecibles sudores, para dedicarles el recuerdo de nuestro justísimo cuanto bien merecido agradecimiento.

Entre estos primeros beneméritos operarios hállase un ilustre hijo de Santo Domingo, merecedor de eterna memoria por su oportuna cuanto fructuosa labor en la propagación del culto al Sagrado Corazón de Jesús, en sus comienzos en España.

Llamábase este digno hijo de Santo Domingo, Fray José García Fulla. Nacido en Alcorisa (Zaragoza), en el año 1666, tomó el santo hábito dominicano, en el convento de S. Ildefonso que nuestra Orden tenía en Zaragoza, en Octubre del 1696. Hizo los estudios con notable aprovechamiento, así en la Filosofía como en la Teología, cuyas materias enseñó luego en la Orden y más tarde en la Universidad. Tuvo en la Orden varios e importantísimos cargos como los de Prior, Maestro de Provincia y Regente

de Estudios, siendo además Examinador Sinodal del Arzobispo. Sus obras ascéticas le dieron fama entre los literatos devotos, al decir de Camón y Tramullas, Madalena y Sánchez, condiscípulos y hermanos suyos de hábito, encarecen su talento, su grande literatura en todas las líneas de la Teología y su experiencia en la Mística. Se ocupó también en misionar en el reino de Aragón, fomentando la devoción del Rosario y del Nombre de Jesús «*los dos grandes mayorazgos de mi Sagrada Religión de Predicadores*», como él los llama (1).

\* \* \*

Después que se le descubrieron al P. Hoyos los encantos encerrados en esta devoción del Corazón Divino y luego que le fué notificada la elección especialísima que se hacía de su humilde y oculta persona para darlos a conocer a los españoles, no se dió punto de reposo que por todos los medios no lo procurase. Maravilla lo que este joven estudiante se afaná para llevar a cabo la empresa que se le confiaba. Lo primero que procuró fué que la llama de amor divino que tan viva e intensamente ardía en su pecho prendiese en los corazones de aquellos con quienes compartía los prodigios que Dios obraba en su espíritu. Y así silenciosamente, sin que nadie se percatase fué cundiendo esta devoción en las almas espirituales a manera de oculto fuego que, preparando antes la materia, concluye por dominarla con inestinguible incendio.

Mas esto no era bastante; ni extendía la devoción cuanto era de desear, ni afrontaba las dificultades que se la podían oponer, por lo cual vemos al P. Bernardo, después que hubo interesado en esta devoción a las personas más prestigiosas por su virtud y posición en su Instituto, instarlas vivamente para que «se escribiese un librito en que se diese noticia del Corazón de Jesús, de su devoción y culto en casi todas las provincias de la cristianidad menos en España, de la esencia y solidez de esta devoción de las dificultades y oposiciones de que había triunfado y de los favores que habían recibido y recibirían los devotos del Amante Corazón »

---

(1) Tomamos estos datos biográficos de un notable artículo publicado en *Razón y Fe*, en Junio del año anterior por el P. A. Pérez Goyena.

Esto contribuiría, a no dudarlo, a una más rápida difusión y a desvirtuar la fuerza de las razones que con buena o torcida intención pudiera oponérsele.

No es menester detenernos a relatar las vicisitudes que mediaron hasta la aparición de estos libritos, ni los medios que deparó la divina providencia para lograrlo, bástenos consignar que poco antes de morir tuvo el bendito joven el consuelo indecible de ver publicados hasta tres libros sobre el culto del divino Corazón de Jesús, con lo cual pudo descansar tranquilo y satisfechísimo del buen éxito que llevaba su empresa. Eran estos, los *Incendios sagrados* del P. Calatayud, el *Tesoro escondido* del P. Loyola y *La devoción al Sagrado Corazón de Jesús* traducción del Padre Croipet por el P. Peñalosa.

Peró surgía una dificultad harto complicada para desenmarañarla fácilmente, dados los tiempos aquellos. Esta devoción era revelada a España por un jesuita y sus propagadores también lo eran. ¿No había ya en esto suficiente causa para recelar de ella?

Oportunísima fué en estas críticas circunstancias la ingerencia en el asunto de un ilustre personaje de la familia dominicana. Su apoyo, exento de todo malévolo prejuicio, revestía capital importancia, y pudo en alguna manera ser hasta decisivo. No consta que llegara a conocimiento del V. Hoyos esta actuación, más bien creemos que no, pero seguros estamos que desde la gloria en que se gozaba viendo prosperar la obra de sus ensueños, enviaría especial bendición para este nuevo atleta que salía a la pelea.

Próximo a terminar el año 1735, apareció en Zaragoza un librito intitulado *Compendio de la verdadera devoción al Sagrado Corazón de Nuestro Redemptor Jesús*. Por razones que ignoramos, el autor no creyó oportuno revelar su nombre y así salió a luz esta primera edición anónima y sin fecha de impresión; si bien ésta nos la indica luego el P. Fulla y nos hubiera sido fácil colegir por las aprobaciones de los censores que son de Octubre y Noviembre de 1735.

Comprenderáse cuanta debió ser la aceptación y aprecio de este Compendio cuando ya en 1737 se hizo segunda y fraudulenta edición de él en Pamplona. En su grande deseo por que esta devoción se propagase, no lo llevó tan a mal el autor como era razón, por el plagio que se le hacía. «No me ha disgustado la reimpresión por lo que en

ella se ha podido ampliar la devoción al Corazón de Jesús» dice el P. Fulla en su tercera edición.

Pequeñas innovaciones se introdujeron en esta segunda edición, unas del agrado de su autor y otras que ya no lo fueron tanto. Son aquéllas la sustitución de los primeros gozos por otros, que el P. Fulla califica de feliz cambio: «porque añade mejores que los otros; como míos, dice, eran de ruda poesía, que no la he ejercitado sino rarísima vez y en objetos de devoción». No fueron del agrado del Padre Fulla el *villancico* y *cantadas*, adicionados a los segundos gozos, «no por la substancia, sino porque en la música de villancicos y cantadas, se mezclan *tonos y bemoladas profanas y de saraos* de mundo, muy ajenos del desig- nio del tal opúsculo.»

En 1743 hizo el P. Fulla la tercera edición del *Compendio*, estampando su nombre, hasta el presente oculto. Debió de moverle a ello el ser sobradamente notorio y conocido que él era el verdadero autor del *Compendio*, y para evitar nuevos fraudes que siempre pudieran perjudicarle; como lo prueba el hecho de haber sacado José Joaquín Martínez, el impresor de Pamplona, del Consejo Supremo de Navarra la prohibición para que nadie lo reimprimiese por diez años.

Esta edición fué aumentada con una *tercera novena* «para las almas que están en la vida contemplativa». Y así el título venía a ser «*Compendio... Formalizada en tres novenas acomodadas a tres clases de personas, incipientes, proficientes y perfectos*». En la anterior solamente se decía: «Formalizado en dos clases de novenas acomodadas a dos clases de personas que por sí mismas no sepan explicarse sus fervientes deseos».

La disposición en novenas respondía a las mil maravillas al fin pretendido de popularizar esta devoción. Ya el V. Hoyos había instado encarecidamente al P. Loyola para que además del *Tesoro* escribiese una novena basada en idénticas razones. Esta novena del P. Loyola vino a ser el estímulo que movió al P. Fulla a publicar la suya. Corrían a la sazón el *Tesoro* y la *Devoción al Sagrado Corazón*, de Croiset-Peñalosa, a más de la novena susodicha con grandísimo aprovechamiento de las almas, pero hallando deficiente a la novena los fieles, le rogaron les adaptase otra más dilatada, con cuyo motivo, dice, me determiné a formar las que verás en este opúsculo».

«El Compendio, en esta su última forma, abarca nueve capítulos: en el primero, se traza un bosquejo histórico de la devoción al Sacratísimo Corazón de Jesús; en el segundo, se trata de lo que deben los hombres al Corazón de Cristo; en el tercero, de lo que éste nos pide en retorno; en el cuarto, de las utilidades incomparables de esta devoción; en el quinto, del medio eficaz para alcanzar el fin de esta devoción; en el sexto, de las prácticas, y en el séptimo, octavo y noveno, de las advertencias y ejercicios de las tres novenas... (P. A. Goyena. *R. F.*)

Devotísima en alto grado es su lectura, como salida de un corazón caldeado por el amor divino, y bebida en las abundosas fuentes de la Sagrada Escritura, de los Santos Padres y más afamados doctores místicos.

Por lo cual ninguna extrañeza causa escuchar elogios tan merecidos como se le han tributado. De él dice el padre Monreal: «Es un libro compuesto con tan acertada teología, con tantos y tan oportunos textos de la Sagrada Escritura, con tan selecta erudición, que habiéndole leído, aun sin saber quien era el autor, hice y aun expliqué mi concepto de que era un varón amasado en caridad y enriquecido con la plenitud de inteligencia en el inefable misterio de Cristo Jesús, Dios y Hombre». Y el Mercedario Fr. José Montón, abunda en idénticos sentimientos cuando por estos términos se expresa en la carta gratulatoria: «No podía ser obra de otra mano (el *Compendio*). Tal abundancia de escritura, tan oportunamente traída, y tan diestramente aplicada, pedía un autor muy versado, y, sobre todo, tanto fuego de abrasados afecto; como respira, no podía reconocer otro principio que el de una abrasada Salamanca, que sólo vive en la hoguera de la divina llama. El mismo Pafita juzga que el compendio «es muy recomendable por la ciencia teológica y el numen poético que despliega».

Los conocimientos nada vulgares que poseía su autor sobre la Teología y demás ciencias eclesiásticas, en las cuales se han de basar las devociones, avaloraron notablemente el Compendio y le pusieron por encima de los que por entonces venían corriendo.

En los comienzos de esta devoción ya no satisfizo al P. Bernardo el *Resumen*, de su amigo Juan Lorenzo Jiménez, por su brevedad, poca doctrina y falta de noticias de todo punto indispensables. Si bien superiores al *Resumen*, no menos defectuosos hallaron el V. Hoyos y el P. Loyo

la los *Incendios* del P. Calatayud, imperfección que valió la luz pública al *Tesoro* del P. Loyola, cuya aprobación iba retardándose con harto sentimiento del V. Hoyos.

¿Qué, más? El mismo *Tesoro* que en un principio fué del agrado del P. Bernardo concluyó por considerarlo imperfecto. Era, en verdad, superior a los anteriores, pero aun no llenaba las necesidades que se iban sintiendo de un libro más extenso, más histórico y más teológico. Las oposiciones ulteriores eran de esperar como cosa cierta, por lo mismo rogaba el V. Hoyos de nuevo al P. Loyola «compusiese otro libro donde se tratase histórica y teológicamente la materia por extenso».

Todas estas deficiencias quedaron en gran parte remediadas con el Compendio del dominico P. Fulla.

Tan solas dos objeciones, que sepamos, se hicieron al Compendio. Era la una, la demasiada extensión en las meditaciones de la novena. «Cercénese la materia, contesta el autor, y todo quedará arreglado». La otra era de mayor cuantía; díjosele que no estaba bien en un dominico el fomentar la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, teniendo la Orden otras que le eran propias. La respuesta fué tan atinada como no se podía menos de esperar.

«Yo confieso la razón, dice el P. Fulla. Empero concibo que ni uno ni otro mayorazgo desmaya en religioso dominico, por fomentar, lo que se pueda, la devoción al divino Corazón. Como mi Sagrada Religión no se ha quejado, sino que ha agradecido, al Rvmo. P. Viera el tomo en folio, muy docto y devoto de sermones del Rosario, y así a otros Padres de diversas Religiones, sin que a nadie le haya venido el pensamiento que echaban la hoz en mies ajena, así juzgo que nadie se debe quejar de que un religioso (de cualquier instituto que sea) fomente la devoción al Corazón de Jesús». (1)

---

(1) Conformes en un todo con el P. Fulla, no dejaremos de advertir para ciertas personas que parecen ignorarlo, que, si bien todos a una debemos trabajar por fomentar en los fieles las devociones genuinamente cristianas, como lo es esta del Sagrado Corazón, no está demás que cada Religión propague con especial interés, exento de exclusivismos, las que Dios le haya confiado, antes bien, esto contribuye al bello ornato que resulta siempre en la Iglesia de la distribución ordenada del trabajo. En consecuencia, nada de extraño tiene que los dominicos, sin olvidar otras, como prácticamente lo vemos en el Padre Fulla, fomentemos las fundamentales y solidísimas como son las del Rosario, del Santísimo Sacramento, del Dulce Nombre de Jesús y el Cingulo que Dios en su misericordia nos ha confiado.

De todo lo anteriormente dicho despréndese cuan gran parte corresponde de verdadera justicia al ilustre dominico de la propagación primera del culto al Sagrado Corazón en España, a la cual contribuyó con su hermoso y autorizado Compendio saturado de piedad no menos que de ciencia.

Terminamos haciendo nuestras las palabras del padre A. Goyena en *Razón y Fe*, el cual, justísimamente, considera al P. Fulla como «hombre dignísimo de ser incluido en la galería de los primeros apóstoles de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús en España, cuya figura puede en tres rasgos dibujarse: religioso sabio, virtuoso, celosísimo del bien espiritual de los prójimos».

FR. SANLOO, O. P.



## LA PEÑA FRANCIA EN 1918

Desde las páginas de esta Revista nos hemos comunicado repetidas veces con los devotos de la Santísima Virgen de Peña Francia. Todos cuantos lean con asiduidad esta publicación, habrán visto lo que los religiosos Domimicanos han trabajado por el culto y esplendor de este celeberrimo Santuario que, merced a manos sacrílegas, continúa aún con gran parte de sus muros sellados por los golpes devastadores que en un tiempo descargaron hombres sin conciencia y sin honor, traidores y desagradecidos para con la patria que los vió nacer y a la que deshonraron y vilipendiaron destruyendo sus grandezas.

No obstante, donde está la mano de Dios, se desvanecen como humo todos los proyectos y argucias de los hombres, así hoy vemos ir poco a poco reedificándose cuanto antes fué derruido, y con gran gozo y contento anunciamos que dentro de muy breve tiempo habrá un hermoso altar cubriendo aquellas seculares y venerandas paredes, y la Santísima imagen de la Peña, que descansaba sobre unas ocultas rocas, asentará desde hoy sus plantas sobre un trono levantado con el amor y cariño de sus fieles hijos a quienes favorecerá y pagará con creces los pequeños sacrificios que por llevar a cabo este proyecto voluntariamente se han impuesto. Aunque ya hemos dado en ocasiones varias las gracias a todos cuantos han contribuído con donativos para este fin, volvemos ha hacer público nuestro cariñoso agradecimiento y a la vez

deseamos hacer saber a las personas más pudientes, que dada la extrema pobreza del Santuario pueden continuar favoreciéndole con sus limosnas, a fin de que habiendo adquirido ya lo más costoso, podamos ahora completar la obra, adornando, aunque sea modestamente, el nuevo altar y conseguir tener campana que esparza desde aquellas elevadas alturas sus ecos que recuerden a los fieles comarcanos sus antiguas y piadosas costumbres de saludar desde sus hogares a la Reina de los cielos y Patrona de la Sierra.

Con motivo de la inauguración del altar, se procurará tener alguna solemnidad especial que con tiempo anunciaremos, y a la que deberán concurrir todos los cofrades que buenamente puedan, como testimonio de reconocimiento y sumisión. Desearíamos también que con las fiestas de inauguración se uniesen algunas peregrinaciones con el fin de pedir a la Santísima Virgen la terminación del actual conflicto europeo, y no dudamos de que los señores Curas Párrocos trabajarán lo posible por llevar a cabo esta piadosa idea.



## Suscripción para el altar de Ntra. Sra. de Peña Francia.

### Continúa la lista de donativos

Doña Juana Sánchez de Sánchez	(Carreros)	5,00 ptas.
— Benita Solar	(Deva)	0,20 —
Una persona devota	(Villoruela)	0,50 —
Don Gonzalo Rodríguez, 2. <sup>a</sup> vez,	(Salamanca)	0,50 —
Doña Adelaida Rúa Torres Buen,	(Pontevedra)	1,00 —
— Feliciano Valencia, 2. <sup>a</sup> vez,	—	6,00 —
— Gertrudis Bueno	(Macotera)	5,00 —
Don Benito García	(Barbalos)	1,00 —
Una persona devota	(Madrid)	1,00 —
Doña Dolores Colunga	(Noreña)	2,00 —
— María Alvarez	—	2,00 —



## CARTAS DE LOS MÁRTIRES DOMINICOS DEL JAPÓN

### XVII

*Carta para mi padre, de mi hermano Fray Tomás,  
de Sevilla.*

JHS.—Sea con todos y alumbra nuestros entendimientos para que a Él solo sirvamos y amemos, pues sólo Él es digno de una cosa tan noble como el corazón del hombre, pues todas las demás que no son Dios, son esclavas del hombre, y no es bien que el Señor ponga su voluntad y corazón en cosas menos que él, como son los esclavos.

Yo tenía propósito de escribir esta carta para Vm. y para mis señores tíos y parientes algo larga y aconsejando lo que es bien se haga, y cuando había de ser, nos tocaron a recoger para la embarcación, y así habré de ser algo breve, aunque algo, con la ayuda de Dios, no estudiado, sino lo que por mí ha pasado para que emprendiese. Dios se sirva de que yo acierte. Leyendo un día un lugar de los Proverbios en el capítulo tercero: *quem enim diligit Dominus, corripit, et tanquam in filio complacet sibi*, que quiere decir: A quien Dios ama, a ése castiga corrigiéndole, y se huelga como con su hijo. Pues como yo viese que la mayor señal, para que Dios quiera a uno, es enviarle Dios trabajos y persecuciones, que éstos son los mensajeros de Dios y sus visitas, y considerase que hasta entonces no sabía qué cosa era disgusto ni sinsabor, me parecía que estaba apartado de la Iglesia y que Dios había puesto un muro entre los dos. Y no era mucho, pues yo no le había servido ni querido como le han de querer los frailes de Santo Domingo, y más los que habían recibido tantas mercedes como yo; que si otro cualquiera los hubiera recibido, sin duda se hubiera deshecho por Dios. Y así comencé a imaginar que sería bueno parecerme en algo a los santos que más se asemejaron a Cristo, que fueron los Apóstoles. Y acabando en este pensamiento, me vine a determinar en el sí, y se lo ofrecí a Dios, prometiéndole de acudir a su pensamiento y al de nuestro glorioso Padre Santo Domingo en la predicación del Evangelio, ensanchando en los corazones de los infieles su santo nombre, y predicándole a quien nunca le ha oído, pareciéndome que

con esta voluntad de padecer por Él, pagaba algo, y con el ejercicio de los trabajos merecía alguna cosa. Y ahora echo de ver, después que he comenzado a poner esto en ejecución que debo mucho más que antes. Porque entre las grandes mercedes que Dios hizo a S. Pablo, fué hacerle embajador de su nombre, que para esto dice que le escogió, como se dice en los Actos de los Apóstoles, en el capítulo nueve. Y el rey de la tierra para honrar a sus privados los envía por embajadores. Y pues Dios me envía a mí por suyo a los reyes de la tierra, grandes mercedes me hace. Y pues me alcanza de cuenta y me perdona, sólo porque le sirva fielmente, yo lo procuraré. Mas porque soy flaco y pecador, pido yo por medio de las oraciones de Vms. el favor de los Santos para que acierte, pues sin el de Dios no puede el hombre hacer cosa que buena sea, que *omne donum optimum ex Deo est*, todo cuanto hay bueno, es de Dios, y en no habiendo Dios y por Dios, todo ha de ser malo.

En fin yo voy esta jornada, y tan regalado, que es cierto verdad que pido a Dios que me toque con su mano, y me corrija como padre, pues sólo deseo servirle, que yo sé bien cierto que el que me diere los trabajos, me dará fuerzas para sufrirlos, que El mismo lo tiene prometido. Y éste es el mayor consuelo que pueden tener los cristianos que se precian de este nombre, que para todos los trabajos que da Dios, dará fuerzas. Y digo esto de los que da Dios, porque en este caso, si El los da, El va apadrinando para que no desmayen, alumbrando para que no tropiecen, y animando para que no se rindan. Mas no será así todas las veces de los trabajos y tentaciones, que los hombres las buscan y las toman sin darlas Dios, porque entonces ya no va aquello a cargo de Dios, sino al de el que en aquello se pusiere. Y caen en estos trabajos todos los que no miran a la voluntad de Dios sino a la propia. Y para huir de ellos bien se echa de ver que el mejor remedio es ponerlo en la mano de Dios, que El sabe lo que nos conviene, y nos dará lo que hemos menester que nosotros no acertaremos a escoger. Y así se advierta que en la oración sólo se ha de pedir a Dios su amor, su gracia y todas las virtudes absolutamente, mas cuando se hayan de pedir descansos, hijos, hacienda y otras cosas de que podemos usar bien y mal, sólo se ha de pedir con condición si aquello conviene al servicio de Dios, que los que hacen oración,

siempre alcanzan, pues ellos no piden que Dios lo dé, aunque sea malo para quien lo pide, sino si conviene. Y ésta es la oración que siempre hicieron los santos, que alcanzaron de Dios lo que quisieron, y ésta es la que hizo Cristo en el huerto. Y pues Cristo oró siendo Dios estando para morir, ¿qué piensan que ha de ser de los que nunca se acuerdan de encomendar a Dios de veras? Y entiendan que no basta llegar y rezar el rosario, si antes no ha habido otras disposiciones, porque quien antes no aplaca a Dios con obras que le agraden, no sé yo cómo podrá acertar a rezar ni a pedir. Y así es necesario que se pidan oraciones y sacrificios, y que a los pobres se les aligere la lengua y voluntad de rogar a Dios dándoles limosna. Y el que tiene poca caridad con ellos, pone en peligro su vida, pues está Dios diciendo que El mismo pide debajo de aquel vestido del pobre, y que lo que al pobre se le da, se da a Dios, y El mismo lo recibe. ¿Y podrá muy con poca vergüenza llegar a pedir a Dios grandes cosas quien poco antes le había negado una blanca con un jarro de agua? Y es cierto que para ser un hombre bueno ha menester más que un poco de consideración de quién es Dios, y de que hay otra vida, que con esto y advertir que hay cuenta rigurosa, mirará cada cual de vivir como querría haber vivido estando en la hora de la muerte, fuera de que aun no sabemos si estamos en ella, y así cada cual tenga cuenta consigo, porque después la ha de dar a Dios. Quisiera yo, señor padre, tíos, hermanos, parientes y amigos, que no se nos cayese de la memoria el bien que Dios nos hace, y cómo Dios ha de pedir cuenta a cada cual conforme a lo que le ha dado, así de hacienda, de salud, de forfaleza, de buen entendimiento como de buen consejo, y que cada cual ha de decir por qué no dió de lo que sobraba a los pobres, por qué no ayunó pudiendo, por qué no aconsejó estando obligado. Entonces será esto con más rigor que ahora podemos imaginar, porque todo irá por punto crado de justicia, y los contrarios fuertes, y el Juez recto, que no habrá palabra ociosa que no tenga castigo. Señores, por las entrañas de nuestro Señor Jesucristo que se consideren con la soga a la garganta y que no se les vaya de la memoria la brevedad de la vida y cuán bajas cosas son las riquezas del mundo, pues no valen para poder quitar un pecado venial. Castiguen la carne, que es el más cruel enemigo que tenemos, que si éste sujetan, la razón se volverá a Dios y

se dejará gobernar por su mano y voluntad, o si no cuéntese entre los condenados a muerte eterna. Pues ella nos ha de avisar más, señores, que los llevo tan en las entrañas, que quisiera que todos nos dispusiésemos para el cielo, pues fuimos criados para allá, y así yo querría que hiciesen obras que conformasen con este fin. Y no es mucho que esto desee, pues por buscar para Dios almas, a quien no tengo tanta obligación como a Vs. ms. me alejo tanto de mis parientes y amigos. Y así yo les ofrezco mis oraciones para siempre y pido las suyas con veras. De Sevilla a veinte y cinco de Junio de mil y seiscientos y uno.

JHS. sea con todos.—Fray *Tomás de Zumárraga*.

Porque no puedo escribir a todos mis parientes y amigos, he escripto esta. Vm. diga de mi parte a cada uno que la tenga por suya. El Padre Fray José de Acosta está hecho un apóstol, y como tal, vino a pie, pidiendo por amor de Dios, desde Nieva hasta Sevilla, ensayándose en trabajos.—Fray *Tomás*.

## SECCION DE NOTICIAS

### ESPAÑA

**Salamanca.**—*Cultos en San Esteban.*—Merece honorífica mención la devotísima y simbólica fiesta de la *Rosa* en honor de la que es *Rosa mística*, Nuestra Señora del Rosario. La iglesia vióse concurridísima en este día por los Socios del Rosario Perpetuo y Cofrades del Rosario, así por la mañana y más aun por la tarde. El sermón fué predicado por el muy reverendo P. Justo Cuervo. Aunque en Salamanca no contábamos con rosas para solemnizar la fiesta, debido al retraso que trae la primavera, todavía llegaron a tiempo bellísimas y frescas de Plasencia y en cantidad suficiente para repartir a la multitud inmensa de devotos fieles que asistió a los cultos de la tarde.

—El tercer domingo de mes predicó el M. R. P. Prior, así mismo tuvo un sermón dicho P. Prior en Calbarrasa de Arriba. También han predicado en Calzada de Valdunciel, Santuario del Cueto y Alba de Tormes, los MM. RR. PP. Alfredo Fanjul, Arturo Ortega y Juan G. Arintero.

**Nuevos presbíteros**—El sábado, víspera de la Santísima

Trinidad, recibieron el sagrado orden del Presbiterado los reverendos Fr. Venancio Diego Carro, Fr. Claudio Fernández, y Fr. José Iglesias. Reciban los nuevos sacerdotes nuestra cordialísima enhorabuena.

**El abate Breuil en Salamanca.**—En los días pasados dió el ilustre paleontólogo, sacerdote francés, Henry Breuil, su segunda conferencia, en el Ateneo Salmantino, sobre pinturas rupestres en las sierras españolas. Versó principalmente acerca de las 22 peñas que se hallan en las Batuecas (Salamanca), dándolas una antigüedad notabilísima, basado en estudios comparativos. Su amena e interesante conferencia, en relativo correcto castellano, fué ilustrada profusamente con proyecciones de vistas tomadas directamente de las peñas estudiadas. Al final escuchó merecidos aplausos por sus extraordinarios conocimientos sobre paleontología española, a la que viene dedicado desde hace muchos años.

**Madrid.**—*Inauguración de la Iglesia de Nuestra Señora de la Concepción del Rosario.*—En los días 26, 27 y 28 de Abril pasado tuvieron lugar las fiestas inaugurales de la nueva iglesia que poseen en Madrid nuestros HH. los Dominicos de la provincia del Santísimo Rosario de Filipinas. Fué bendecida solemnemente por el excelentísimo Arzobispo Nozaleda. En los días 27 y 28, hubo Misa de pontifical, que oficiaron, sucesivamente, los ilustrísimos señores Obispo de Madrid y Nozaleda; en las fiestas de la tarde predicaron los ilustrísimos señores Obispos de Segovia y de Sión, dando al final la bendición con el Santísimo los ilustrísimos don Fray Nicasio Arellano Obispo y vicario apostólico del Tungún oriental y Monseñor Ragonesi, Nuncio en España.

La iglesia, de exquisito estilo gótico, es obra del renombrado arquitecto Sr. Luque. Tanto ésta como el convento contiguo es donación de la Excma. Sra. marquesa de la Lapilla y Monasterio, hecha a los PP. Dominicos en agradecimientos de favores recibidos.

**Coruña.**—El día 30 de Abril finalizó la novena que los Terciarios dominicos de Coruña celebraron con extraordinaria solemnidad en honor de su Patrona Sta. Catalina de Sena. Los sermones de la novena estuvieron a cargo del R. P. Maximiliano Cordero, Director de la T. O.; en ellos explicó atinadamente cuál ha de ser la vida del Terciario dominico en los diferentes estados y condiciones en que pueda encontrarse. Un coro de Stas., dirigido y acompañado por el P. Ignacio Iruín, contribuyó a dar realce a los cultos. El día de la fiesta de la Santa, dijo la Misa de Comu-

nión general el M. I. Sr. Abad de la Colegiata, distribuyendo el Pan de los Ángeles a gran número de Hermanos terciarios. En la Misa mayor con exposición de Su Divina Majestad, ofició el P. Cordero asistido de los RR. PP. Eduardo Aguilar y Fulgencio González. A la una las Sras. y Stas. de la Junta directora sirvieron comida gratuita, en el jardín de la Residencia, a 15 pobres, en su mayor parte terciarias. Por la tarde, después de la junta general, acto seguido, tuvo lugar el ejercicio de la novena predicando el panegírico de la Sta. el R. P. Aguilar. Ingresaron bastantes fieles en la Tercera Orden, engrosando así las numerosas filas de terciarios que en esta ciudad ascienden a 400.

**La segunda enseñanza en manos de la Institución libre.**—Las nuevas reformas que el Sr. Alba pretende implantar en la segunda enseñanza, han sido acremente debatidas y rechazadas por todos los católicos que ven en este proyecto un peligro inminente para la moral y religión de los estudiantes. El Centro de Defensa social ha dirigido una protesta al señor presidente de Ministros con el fin de que sea rebocado el malhadado decreto del Ministro de Instrucción Pública.

**El premio «Cervantes».**—Por primera vez ha sido otorgado al ilustre escritor cervantino y director de la Biblioteca Nacional, D. Francisco Rodríguez Marín por sus 22 volúmenes publicados en los años de 1916 y 17, el premio «Cervantes» consistente en 10 000 ptas. creado para premiar al escritor más sobresaliente por su amor a la pureza del lenguaje y por el castísimo españolismo de sus obras.

**Roma.**—*Confianza del Sumo Pontífice a la Santísima Virgen del Rosario.*—El Soberano Pontífice, en carta dirigida al P. Marcos Righi, dominico, ha declarado la gran confianza que le inspira la devoción del pueblo cristiano a la Reina del Santísimo Rosario. Todas las oraciones, dice Su Santidad, que desde la tierra se elevan al trono del Altísimo, abren mi corazón dulcemente a las esperanzas de la suspirada paz para el mundo; mas cuando sé que tales oraciones son dirigidas a la Santísima Virgen del Rosario, dichas esperanzas se centuplican, porque recuerdo las frecuentes y solemnes ocasiones en que esta celestial Reina ha sido ministra de la paz.

**El Papa y la paz.**—Condolido hondamente el Santo Padre por la continuación de la desastrosa guerra en un «Motu proprio» publicado el día de la Ascensión, pide especiales oraciones para el pronto advenimiento de la paz. Suplica así mismo a todos los sacerdotes del orbe católico que el día 29 de Junio apliquen la Misa conforme a esta su intención.

**Por la conversión del Japón.**— Su Santidad Benedicto XIV ha concedido indulgencia plenaria el mes por rezar todos los días la oración por la conversión del Japón, que Pío X indulgenció con 300 días de perdón al día, y que es la siguiente:

«Oh María, fúlgida estrella de la mañana que ya al aparecer por vez primera en la tierra significásteis la próxima salida del Sol de la justicia y de la verdad; dignáos lucir suavemente sobre los ciudadanos del Imperio japonés, para que pronto, disipadas las tinieblas de las mentes, conozcan fielmente el candor de la Luz eterna, vuestro Hijo y Señor Nuestro Jesucristo. Amén.

**Causa de beatificación.**—Habida Congregación particular de Ritos el 5 de Marzo, en el Palacio Apostólico Vaticano, los Cardenales y Prelados Oficiales que la integraban dieron su voto de validez a favor de la causa de beatificación instruida en la Curia eclesiástica de Nápoles para el siervo de Dios V. Plácido Baccher, sacerdote perteneciente a la Orden Tercera de Nuestro Padre Santo Domingo.

**Favores del V. Juan Leonardo de Fusco.**— Son varios los favores que Dios va obrando por la intercesión de este venerable dominico; sin duda que desea ver glorificado a su siervo. No tardará mucho en ser introducida la *Causa de beatificación*.

**Madre de Dios y Urubamba.**—*Labor de nuestros misioneros.*—Merced al infatigable celo de nuestros Hermanos que evangelizan estas apartadas y difícilísimas regiones y a la subvención del gobierno peruano y socorros proporcionados por la Obra de la Propagación de la Fe, adelantan notablemente estas misiones. Han sido administrados 216 bautismos a hijos de caucheros, 86 a salvajes y 15 a japones, con 22 matrimonios y 228 confirmaciones en un tiempo no muy largo.



## NECROLOGÍA

**Don José de Lamano y Benéitez.**—Lamentamos como sensible e irreparable pérdida la prematura muerte del muy ilustre señor Lamano. A todos afecta muy hondamente este golpe inesperado.

En el púlpito, en la cátedra y en el trato familiar aparecía siempre el Sr. Lamano como el dechado del sacerdote católico,

virtuoso, austero y afable, trabajador incansable y culto con selecta y vasta erudición. Visto su porte externo diríase que era uno de aquellos personajes pasados, virtuosos y caballeros con los cuales él vivía y a los cuales robaba el decir ameno y la nobleza de sentimientos. Amantísimo sobre manera del estudio, tenía un bagaje riquísimo de conocimientos que empezaba ya a regalarnos cual fruto sazonado de su largo y asiduo trabajo. Diseminadas en revistas y sueltos hállanse muchas de sus valiosas producciones; pero sobre todo lo son en alto grado el *Dialecto Vulgar Salmantino*, *Santa Teresa de Jesús en Alba de Tormes*, premiadas por la Real Academia de la Historia, y *Torres Villarroel*. Por su mucho valer y probada virtud desempeñaba importantes cargos en esta Diócesis. Era canónigo por oposición, académico correspondiente de la Historia y profesor en el Seminario de Sagrada Escritura, en cuyo centro docente ejerció una influencia tomista muy marcada. La muerte, que le sorprendió en estas tareas, no le intimidó, antes bien la aceptó con pecho verdaderamente cristiano, contento con dejar esta vida a trueque de otra mejor. A nuestra esclarecida Orden profesó siempre un singular afecto, que aun testimonió en los últimos y solemnes momentos de su preciosa vida, la cual Dios le haya premiado.

#### **Difuntos de la Cofradía de Ntra. Sra. de Peña Francia.**

*Villarmayor*: Don Isidro Mangas.—*Porteros*: Don Luis Hernández.—*Barbadillo*: Doña Esperanza Blanco.—*Tejado (El)*: Doña Rosaura Martín.—*Moñubelo*: Don José Rivas.—*Doñinos*: Doña Inés Tabernero.—*Parada de Arriba*: Doña Exaltación y doña Florencia García.—*Sequeros*: Don Manuel Cordero.—*Villanueva del Conde*: Don Manuel Maillo.—*Tejeda*: Doña Ana María Rivas.—*Tamames*: Don Benigno Santos y doña Manuela Pérez.—*Lagunilla*: Don Vicente Pulido.—*Muñoz*: Doña Bonifacia Sánchez y don José Martín.—*Ardonsillero*: Doña Mariana Encinas.—*Cipérez*: Doña Ana María Gómez, doña Eugenia Martín y don Pedro Flores.—*Quejigal*: Doña Juana Lucas, doña Matilde Martín, doña María Antonia García, doña Ana García y don Juan Martín.—*Cabeza de Diego Gómez*: Doña Adela Sánchez.—*Encina de San Silvestre*: Don Celedonio Mangas.—*Mata de Ledesma*: Doña María Huerta.—*Fuente de San Esteban*: Don Manuel Regalado, don José María Regalado y don Manuel Lorenzo.—*Santa María de Sando*: Don Benito Herrero.—*Cerro de Bejar*: Doña Francisca Muñoz.—*Barbalos*: Don Manuel Gómez.

R. I. P.